

EL CHICO DE LA ULTIMA FILA, de Juan Mayorga

(Germán lee un folio manuscrito en el que hace anotaciones con rotulador rojo. Lo que lee, primero le da risa y luego le indigna. Pone un cero en el folio, lo deja en el montón de la derecha y coge otro del montón de la izquierda. Lee una frase, pone en el folio un gran cero y lo deja en el montón de la derecha. Coge otro folio. Está volviendo a enfadarse cuando llega Juana.)

Germán- ¿Qué? ¿Cómo ha ido?

Juana- Podías haberme acompañado.

Germán- No voy a misa desde los catorce años.

Juana- No era una misa. Era un funeral.

Germán- No pensé que fuera tan importante para ti. No era un pariente, ni un amigo. No irás a decirme que Bruno era un amigo.

Juana- Por no estar sola. Por poder hablar con alguien.

(Silencio.)

Juana- Conocí a las mellizas. Son tal como Bruno las describía. ¿Me cambio y nos vamos al cine, a una divertida?

Germán- No te cambies, estás muy guapa. Pero deja que acabe esto. Echa un vistazo, esto sí que es divertido.

(Vuelve a su lectura. Juana hojea el montón de la derecha.)

Juana- Cero. Tres. Cero. Hombre, ¡un cinco! Dos. Cero... ¿Tan malos son?

Germán- (Sin dejar de leer.) Peores. El peor curso de mi vida.

Juana- Eso ya lo dijiste el curso pasado. Y el anterior.

(Germán pone un uno en el folio, se lo da a Juana y coge otro.)

Germán- (Lee.) “El sábado estuve viendo la tele. El domingo estaba cansado y no hice nada”. Punto final. Les di media hora. Dos frases. Cuarenta y ocho horas en la vida de un tío de diecisiete años. El sábado, tele; el domingo, nada.

(Pone un cero en el folio y se lo da a Juana; coge otro.) No les he pedido que compongan una oda en endecasílabos. Les he pedido que me cuenten su fin de semana. Para ver si saben juntar dos frases. Y no, no saben.

(Lee.) “Los domingos no me gustan. Los sábados sí que me gustan pero este sábado mi padre no me dejó salir y me quitó el móvil”. (Pone en el folio un gran cero y lo deja en el montón de la derecha.) Intenté explicarles la noción de “punto de vista”. Pero hablar a éstos de punto de vista es como hablar a un chimpancé de mecánica cuántica. Les leo el comienzo de “Moby Dick”, se supone que todos saben de qué hablo, que han visto la película. Les explico que la historia la cuenta un marinero. Pregunto: “¿Y si la hubiera contado otro personaje, por ejemplo el capitán Achab?”. Me miran asustados, como si les hubiera planteado el enigma de la esfinge. “Bueno, me vais a hacer una redacción contándome lo que habéis hecho este fin de semana. Tenéis media hora”. Y me entregan esto. ¿Qué fatalidad me condujo a este trabajo? ¿Hay algo más triste que enseñar literatura en bachillerato? Elegí esta profesión pensando que viviría en contacto con los grandes libros. Sólo estoy en contacto con el horror. Y lo peor no es enfrentarse, día a día, con la ignorancia más atroz. Lo peor es imaginar el día de mañana. Esos chicos son el futuro. ¿Quién puede conocerlos y no hundirse en la desesperación? Los catastrofistas pronostican la invasión de los bárbaros y yo digo: ya están aquí; los bárbaros ya están aquí, en nuestras aulas.

(Coge otro folio.)

Juana- No sabía si darles el pésame. Estaba por irme cuando se me acercó una de ellas, no sé cuál, no las distingo. Me dijo que mañana irán a la galería a hablar del futuro. “A hablar del futuro”. ¿Me escuchas?

(Germán está absorto en lo que lee.)

Juana- ¿Pasa algo?

(Silencio.)

Germán- (Lee.) “El pasado fin de semana, por Claudio García. El sábado fui a estudiar a casa de Rafael Artola. La idea partió de mí, porque hace tiempo que deseaba entrar en esa casa. Este verano, todas las tardes me iba a mirar la casa desde el parque, y una noche el padre de Rafa casi me coge mirando desde la acera de enfrente. El viernes, aprovechando que Rafa acababa de fracasar en la clase de Matemáticas, le propuse un intercambio: “Tú me ayudas a mí con la Filosofía y yo a ti con las Matemáticas”. No era más que un pretexto, claro. Yo sabía que, si aceptaba, sería en su casa, porque la mía está en una calle que Rafa no pisará jamás. A las once toqué el timbre y la puerta se abrió ante mí. Seguí a Rafa hasta su cuarto, que es como yo me imaginaba. Me las arreglé para dejarlo ocupado con un problema de trigonometría mientras yo, con la excusa de buscar una Coca-Cola, echaba un vistazo a la casa. Esa casa en la que por fin me encontraba, después de haberme imaginado tantas veces allí dentro. Es más grande de lo que suponía; mi casa cabe cuatro veces en ella. Todo está muy limpio y ordenado. “Bueno, basta por hoy”, me dije, y estaba a punto de volver con Rafa cuando un olor me llamó la atención: el inconfundible olor de la mujer de clase media. Me dejé guiar por ese olor, que me llevó hasta el salón. Allí, sentada en el sofá, hojeando una revista de decoración, encontré a la señora de la casa. La miré hasta que levantó sus ojos azules. “Hola. Tú debes ser Carlos”. Su voz era tal y como había previsto; ¿dónde enseñarán a hablar a estas mujeres? “Claudio”, contesté, sosteniéndole la mirada. “¿Buscas el baño?”. “La cocina”. Ella me condujo hasta allí. “¿Quieres hielo?”. Me fijé en sus manos mientras sacaba los cubitos: alianza en la derecha y sortija en la izquierda. Se sirvió un Martini. “Coge lo que quieras”, dijo. “Estás en tu casa”. Ella volvió al sofá y yo a la habitación de Rafa. Le resolví el problema de trigonometría. Va a necesitar mucha ayuda para sacar las Matemáticas este curso. Continuará”.

(Silencio.)

Juana- ¿Dice “Continuará”?

Germán- Entre paréntesis.

(Pone un siete en la redacción y coge otra.)

Juana- ¿Un siete?

Germán- No tiene faltas, y de vocabulario no está mal. No es Cervantes, pero comparado con los otros... ¿Qué nota le pondrías tú?

Juana- Yo llevaría esa redacción al director.

Germán- ¿Por qué? ¿Porque la madre de su compañero Rafa tiene los ojos azules?

Juana- ¿Quién es este chico?

Germán- Me parece que es uno que se sienta en la última fila, pero no estoy seguro. Todavía no los conozco. Estamos en la segunda semana de curso.

Juana- ¿Le pones un siete y te quedas tan ancho? “Continuará”.

Germán- ¿Si le pongo un seis te quedarás tranquila? Menos de un seis no puedo ponerle.

Juana- Se ríe de ti y le pones un siete.

Germán- ¿Se ríe de mí? No me había dado cuenta.

Juana- Se ríe de todo. De ti, de su compañero Rafa, de la madre de Rafa...

(Lee.) “”Claudio”, contesté, sosteniéndole la mirada”. ¿Quién se cree que es? ¿Por qué no le pides que lo lea en clase, en voz alta, a ver si ese otro, ese Rafa, le da un buen sopapo? A no ser que el tal Rafa... (Lee) “Rafael Artola”. ¿Existe? Lo mismo es todo una fantasmada.

(Germán hojea en el montón de la izquierda. Encuentra el folio que busca)

Germán- (Lee) “El sábado por la mañana estudié Matemáticas con mi amigo Claudio. Por la tarde fui con mi padre a jugar al baloncesto. Fue un partido muy disputado, pero ganamos y nos fuimos todo el equipo a celebrarlo. El domingo...”

(Sigue leyendo en silencio. Le pone un cinco y lo coloca en el montón de la derecha)

Juana- ¿Un cinco? Parece un buen chico. Al otro le pones un siete y a éste un cinco.

Germán- No es clase de Ética, ni de Religión. Es Lengua y Literatura.

(Coge otro folio)

Juana- ¿De verdad no te preocupa? Yo al menos hablaría con él ¿No vas a hablar con él?
